

LOS POBRES Y LA PROVOCACIÓN DE JESÚS

He estado leyendo algunas cosas sobre la pobreza y las teologías del tercer mundo y me encuentro con una frase referida a la Teología de la Liberación diciendo que ésta arranca de una provocación al poner de manifiesto la pervivencia de la inhumana pobreza, las culturas oprimidas y las razas discriminadas. Yo, que respeto mucho todas estas teologías, os digo: Quien realmente arranca su ministerio con una provocación en esta línea, quien sigue provocando hoy a la humanidad poniendo el punto de mira en la inhumana pobreza y la opresión, es Jesús mismo, sus líneas programáticas, sus palabras reflejadas en las Parábolas del Reino, sus estilos de vida y sus prioridades.

El que la Iglesia lo haya olvidado y tengan que venir las Teologías del Tercer Mundo a plantear esta provocación como una novedad para el hombre de hoy, es la tragedia del cristianismo que no sigue el Programa del Maestro al que dice servir. Las palabras de Jesús fueron una provocación en su momento histórico mientras anduvo haciendo bienes entre los hombres en la tierra y son una provocación hoy después de más de veinte siglos. Una provocación de tal magnitud que, para no ser interpelados por ella, preferimos silenciarla y archivarla en el rincón oscuro de nuestras conciencias.

Así se presentó Jesús públicamente y éstas fueron sus líneas programáticas: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor... Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros”*. (Lc. 4:18-21). No hay duda sobre el programa de Jesús: El Evangelio a los pobres, poniendo el concepto de pobre en paralelo con el de oprimido, cautivo, quebrantado o enfermo. Un programa demasiado humano para que alguien pueda dudar de su divinidad.

Es por esto que hoy, cuando contemplamos a más de medio mundo sumido en la pobreza y en la indignidad, no podemos pasar por alto las líneas del Programa de Jesús, ni podemos pasar de largo, de forma inmisericorde, ante la contemplación de tanta pobreza y robo de dignidad. Las Teologías del Tercer Mundo hacen bien en poner esto de relieve y partir con esta provocación convirtiendo en conciencia teológica la historia social y política de sufrimiento de los pueblos pobres, pero esta provocación que nos presentan estas teologías es novedad simplemente por el olvido en que los cristianos han caído de la provocación primaria y fundante de la que parte Jesús en la instauración del Reino que emerge en nuestra historia con la figura del Jesús hombre, de Jesús de Nazaret.

Por eso la pobreza en el mundo no puede ser nada ajeno a los cristianos, no puede ser olvidada como si no tuviera nada que ver con la vivencia de la espiritualidad cristiana. La pobreza debe suponer para los cristianos hoy toda una radical interpelación, un cuestionamiento que ponga nuestra fe ante una prueba límite, una llamada a la conciencia humana, llamada global que nos interroga sobre el tema bíblico poniéndonos ante el análisis de si tenemos realmente una fe viva, o si ésta se ha muerto por la falta de misericordia, de búsqueda de justicia y de acción humana y sociopolítica, falta de acción cristiana, a favor de nuestros hermanos empobrecidos por sus propios congéneres, pues la pobreza en el mundo no es algo dado de forma natural, sino una creación del egoísmo y la avaricia del hombre.

Por eso la pobreza, además de un escándalo y una vergüenza humana es también algo digno de espanto y de repulsa. Debería despertar el sentimiento de terror que nos hiciera reaccionar y convertirnos en agentes de liberación de los pueblos pobres. Y los

primeros en reaccionar no deberían ser las fuerzas sociopolíticas y económicas, sino las fuerzas que deben nacer del seno del cristianismo en donde se dice vivir el auténtico concepto de proximidad. Así, la provocación de Jesús debería sonar lo más amplificable posible en el seno de las iglesias cristianas del mundo. Sería un síntoma de autenticidad, de identidad de estas iglesias, de acreditación de que, realmente, son iglesias del Reino y no iglesias que se han quedado paralizadas y absorbidas por los valores del antirreino.

La provocación de Jesús va a favor de la vida. Jesús provoca para que haya vida en dignidad y abundante, vida para el aquí y el ahora que se dará también de forma trascendente y eterna. La pobreza va en contra de las posibilidades de vida, de las posibilidades de vida digna. La vida es acorralada y negada por la injusticia del mundo. Hay que provocar con fuerza a favor de la vida, hay que vivir unos valores dignificadores y dadores de vida abundante.

Esta no vida, esta negación de la vida abundante en nuestro aquí y ahora, esta negación de la vida digna que reduce a tantos seres al no ser de la marginación, podemos verla reflejada en los rostros de los empobrecidos de la historia, de nuestro prójimo que muere, no por causas naturales, sino por el robo, la expoliación, la insensatez de agrandar los graneros de algunos, privando a muchos de sus posibilidades de vida digna. Es un atropello contra la humanidad, contra el prójimo ante el cual los cristianos tienen que reaccionar, sentirse provocados por las palabras de Jesús.

La pobreza no la da Dios. No hay que predicar la resignación de los pobres ante un *fatum* o destino personal falso como si a algunos simplemente les hubiera tocado vivir pobres por causas naturales. La pobreza está causada por la maldad del hombre. Es un atropello del hombre contra el hombre... un derrumbamiento de la historia humana a favor de unos pocos y con incontables víctimas que están gritando mientras otros se encargan de silenciar su grito. Hablar de cristianismo y hacer teología de espaldas a los pobres del mundo y sin asumir su grito por dignidad y por vida, hablar de temas doctrinales insolidariamente y hacer teología desde las cuatro paredes de un templo o desde el canto litúrgico que apaga el grito de los excluidos del mundo, es un atentado contra el concepto de proximidad que nos dejó Jesús. Un escándalo y una vergüenza humana... vergüenza para los cristianos.

Juan Simarro Fernández